

to le hubiera convenido, ya que no tenía el genio y la osadía de Julio II. Venecia seguía su acostumbrada política espectante, y las demás repúblicas y príncipes de Italia estaban más para guardarse y defenderse lo mejor que pudieran, que para moverse y ofender á otros.

No pudiendo sufrir Francisco I., aunque desprovisto de aliados, el engrandecimiento de su rival, y deseando tener motivo ó pretexto para romper el tratado de Noyon, discurrió, á guisa de rey-caballero, cuyo dictado se daba, ayudar á su infortunado pariente Enrique de Albret en sus pretensiones á la corona de Navarra, incorporada desde Fernando el Católico á la de Castilla. Pero era menester cohonestar la ruptura con Carlos, para lo cual se le deparó la ocasion siguiente. Roberto de la Marca, que estaba al servicio del emperador, por un desaire que sufrió en sus pretensiones á un castillo del ducado de Luxemburg se despidió de Carlos, y pasando á Francia levantó gente y se metió por las tierras del Luxemburg que pertenecian al imperio. Comprendió luego el emperador de dónde podía venirle aquel golpe, y quién era el que habia promovido ó alentado la agresion, y sin dejar de enviar contra el rebelde Roberto el duque de Nassau, despachó un mensaje al rey de Francia haciéndole cargo de haber roto la paz de Noyon, cargo de que procuró escusarse Francisco I. Mas como á los pocos dias continuasen las hos-

tilidades, á pesar de la mediacion y de las conferencias de paz abiertas por Enrique de Inglaterra en Calais, la guerra prosiguió por Luxemburg y las fronteras de Flandes, sosteniéndola por parte del emperador el duque de Nassau, por la del rey de Francia La Marca, Bayard, y el condestable de Borbon: guerra que hizo al emperador ponerse en marcha para los Países Bajos, que dió por resultado una alianza secreta entre el emperador, el papa y el rey de Inglaterra contra el de Francia, y que fué como el pequeño preludio de otros mas graves acontecimientos.

Rotas ya entre los dos monarcas las hostilidades, que habian de durar toda su vida con pocos intervalos, parecióle á Francisco que las alteraciones en que España andaba por aquel tiempo envuelta con motivo de las guerras de las comunidades de Castilla y de las germanías de Valencia, ofrecian oportuna ocasion para acometer la Navarra en auxilio de Enrique de Albret. Envió pues de este lado de los Pirineos un ejército al mando de Andrés de Foix, señor de Lesparre <sup>(1)</sup>, hermano de Mr. de Lautrec, virey de Milan. Navarra estaba en efecto desguarnecida de tropas, y no les fué difícil á los franceses apoderarse de Pamplona, que el virey duque de Nájera habia desamparado, y pasando el Ebro y siguiendo adelante casi sin resistencia pusieron sitio á Logroño.

(1) El Mr. de Asparrós, que riadores. dicen Sandoval y nuestros histo-

Por fortuna para el emperador los gobernadores de Castilla acababan de quedar desembarazados de la guerra de las comunidades con la derrota de los comuneros en Villalar, y convocando y allegando cuanto gente pudieron y ofreciéndose á servirles para rechazar la invasion estrangera muchos de los mismos que habian peleado en favor de los populares, acudieron todos al peligro, obligaron á los franceses á levantar el sitio de Logroño <sup>(1)</sup>, y continuaron rechazándolos y persiguiéndolos hasta lograr batirlos en un campo entre Ezquiroz y Noain. El señor de Lesparre tuvo la temeridad de aceptar á la batalla sin esperar los refuerzos que le llevaba el de Albret. El resultado fué quedar derrotado y deshecho el ejército francés (30 de junio, 1521), con no poca gloria del condestable, del almirante, del duque de Nájera y demas caballeros castellanos que á aquella batalla concurrieron, siendo pocos los franceses que pudieron volver á su tierra, porque los montañeses navarros les atajaban, como de costumbre, los desfiladeros, y los mataban en aquellos peligrosos pasos tan funestos á los soldados de Francia.

Algunos meses mas adelante (fines de setiembre)

(1) En premio de sus servicios en esta guerra, el emperador declaró á la ciudad y habitantes de Logroño libres de servicios, pechos y armas, y al condestable le confirmó los diezmos del mar.

Por este tiempo habia muerto ya el ministro y antiguo ayo de

Carlos V., señor de Chièvres, que tan funesto habia sido á España. Dicen que aceleró su muerte el pesar de haberse hecho sin su consulta ni conocimiento la alianza entre el emperador, el papa y el rey de Inglaterra contra el de Francia.

hicieron los franceses otra invasion en España: tomaron las fortalezas del Peñon y de Maya, y lo que fué mas sensible, rindieron á Fuenterrabia en Guipúzcoa, que custodiaba el capitan Diego de Vera, y dejándola bien pertrechada se volvieron á Bayona, (octubre). Causó mucho dolor esta pérdida en Castilla, y el fiscal real entabló acusacion contra Diego de Vera, que tuvo necesidad de dar sus descargos. Para mantener en respeto á los franceses y contener sus progresos se destinó á San Sebastian con buenas compañías de guarnicion á don Beltran de la Cueva, primogénito del duque de Alburquerque, hombre reputado por valeroso; pero ni los franceses trataron ya de internarse mas, ni se recobró Fuenterrabia. Harto tenian aquellos que hacer por otro lado.

Como uno de los designios del emperador y del papa fuese arrojar de Italia á los franceses, cuya dominacion habia sido siempre repugnante y odiosa á los italianos mas que la de otra nacion alguna <sup>(1)</sup>, estendióse tambien la guerra por el Milanesado, á la cual dió buena ocasion el carácter y conducta del mariscal de Lautrec, que mandaba en Milan, general esperto y hábil, pero codicioso, altivo é insolente, que con sus exacciones y sus violencias tenia irritados á los milaneses y habia hecho aborrecible y execrable el nom-

(1) «La flemas de los alemanes y la gravedad de los españoles, dice Robertson, se ávenian mucho mejor con el celoso carácter y ceremoniosos modales de los italianos que la vivacidad francesa, sobrado galante y poco atenta al decoro.»

bre francés. Uno de los que habian salido huyendo de sus tiranías, el vice-canciller Gerónimo Moron, se habia refugiado en casa de Francisco Sforza, y revelándole un plan para sorprender muchas plazas en aquel ducado. El papa no solo acogió y alentó este proyecto, sino que habiéndose atrevido el de Lautrec á acometer, aunque sin fruto, una plaza de los dominios pontificios <sup>(1)</sup>, valióse de esta ocasion para declarar abiertamente la guerra al virey de Francia en Milan de concierto con el emperador. Dióse el mando de las tropas imperiales y pontificias á Próspero Colona, general prudente y consumado, compañero en otro tiempo del Gran Capitan español, el segundo de Gonzalo de Córdoba y su émulo despues. Sorprendió esta novedad comunicada por Lautrec al rey Francisco I., que teniendo una parte de sus tropas en los Países Bajos, otra en las fronteras de España, y no esperando tan repentino ataque por la parte de Italia, se apresuró á pedir auxilios á sus aliados los suizos, y á mandar á Lautrec que se retirase inmediatamente á su gobierno y cuidára de la defensa de Milan.

Lautrec, á pesar de las dificultades y entorpecimientos que experimentó, llegó á reunir un ejército respetable, con el cual pudo detener algun tiempo los progresos de las tropas confederadas y defender su estado. Mas por una combinacion artificiosa que supo

(1) Reggio, donde mandaba el célebre historiador Guicciardini, que rechazó á los franceses.

emplear el cardenal de Lyon su enemigo, mientras la legion suiza que militaba bajo las banderas imperiales continuó al servicio del emperador y del papa contra una orden de la dieta helvética, que le fué interceptada y no comunicada, los suizos auxiliares de Lautrec, que constituian su fuerza principal, obedeciendo aquella misma orden que les fué intimada, abandonaron las filas francesas retirándose á sus cantones. Disminuido así el ejército francés, el general de los imperiales Próspero Colona atravesó el Adda, y obligó á Lautrec á recogerse en Milan; un desconocido que salió de la ciudad al campamento de los aliados les reveló el modo y la hora en que podian sorprender la plaza; en su virtud de orden de Colona avanzó el marqués de Pescara con la infantería española, siguió á éste todo el ejército; al llegar á la puerta de la ciudad huye la guardia; prosigue internándose casi sin resistencia el ejército y se encuentra dueño de la poblacion, sin tener tiempo Lautrec para otra cosa que para dejar guarnecida la ciudadela y retirarse él á territorio veneciano. El ejemplo de Milan es seguido por otras ciudades. Parma y Plasencia vuelven al dominio de la Santa Sede, y fuera de Cremona, del castillo de Milan y de algunos otros fuertes poco considerables, no queda nada á los franceses de todas sus conquistas en Lombardía.

Tal fué el transporte de júbilo que causó al pontífice Leon X. la noticia de este suceso feliz, que habiéndose

dole cogido con una fiebre que estaba bien lejos de creerse peligrosa, le alteró de tal manera y agravó de tal modo su enfermedad, al decir de muchos historiadores, que en pocos días le condujo al sepulcro (2 de diciembre, 1524), en el vigor de su edad y en los momentos que mas le sonreía la fortuna. La muerte del papa trastornó la marcha de los sucesos: los cardenales que seguían al ejército, dejaron los campamentos militares para asistir al cónclave: los suizos, atrasados en sus pagas, se fueron á sus cantones, y para la defensa del Milanesado quedaron mas tropas que las españolas y algunos alemanes al servicio del emperador. Buena ocasión para Lautrec, si no se hubiera hallado sin soldados y sin dinero, y si Colona y Moron no hubieran sido tan apropósito para frustrar sus débiles tentativas.

Reunióse el sacro colegio para la elección del pontífice. Fiado en la promesa del emperador, esperaba el cardenal Wolsey que sería para él la tiara en la primera vacante, pero su nombre apenas fué pronunciado en el cónclave. Quien contaba con mas probabilidades era Julio de Médicis, sobrino del papa difunto, y el mas distinguido de los miembros del colegio; pero contrariado por los viejos cardenales, él y sus partidarios dieron sus votos al cardenal Adriano de Utrech, que gobernaba la España á nombre del emperador; en desquite le dió tambien sus sufragios la otra fracción del cónclave, y con sorpresa de todos

salió electo por unanimidad (9 de enero de 1522) en tan delicadas circunstancias un extranjero, ausente, y desconocido de los mismos electores. Pero fuese casualidad, ó mañosa combinación de alguno, se vió elevado á la silla de San Pedro el antiguo preceptor de Carlos V., su regente en España y hechura suya, con lo cual creció grandemente el influjo, la importancia y el poder del emperador en Europa.

Pero esto mismo excitó mas los celos y la envidia de su rival Francisco I., que determinado á hacer un esfuerzo para arrancar á Carlos sus últimas conquistas de Lombardía reclutó otra vez diez mil suizos, y facilitó algun socorro de dinero á Lautrec, que con estos elementos hubiera podido poner en apuro á los conquistadores y defensores de Milan, si otra vez no hubieran sido funestos á los franceses los auxiliares de Suiza. Debíanseles ya á estos algunas pagas; una escolta que iba de Francia con dinero fué detenida por el vigilante Moron; con esta noticia se agruparon los suizos en derredor de Lautrec, pidiendo tumultuariamente y á gritos ó las pagas ó el combate. En vano les espuso la imposibilidad de lo primero por falta de numerario, y la temeridad y peligro de lo segundo, atendidas las posiciones que Colona ocupaba en la Bicoca. Los suizos se obstinaron en dar la batalla para ver de salir de aquella situación, y fué menester llevarlos á la pelea, al día siguiente (mayo, 1522). Ellos combatieron con desesperado arrojo, pero habiendo

perdido sus mas bravos oficiales y sus mejores soldados, tuvieron que retirarse del campo de batalla, y de alli los que quedaron se volvieron á los cantones de la Helvecia. Lautrec, abandonado de nuevo, tuvo por prudente regresar á Francia, dejando guarnecidos algunos puntos, que todos se fueron rindiendo, á escepcion de la ciudadela de Cremona.

Alentado Colona con el éxito de las dos campañas de Milan, procedió á arrojar á los franceses de Génova, donde todavía dominaban, y era siempre un punto de apoyo para la reconquista del Milanesado. Los partidos interiores de aquella importante ciudad le facilitaron su reduccion casi sin resistencia, y la Francia se encontró otra vez desposeida de todas sus conquistas y arrojada de Italia.

La feliz situacion de los negocios en Italia y en España permitió al emperador pensar en su regreso á este último reino, y cumplir asi la palabra que al partir habia empeñado de volver antes de los tres años. Pero antes quiso visitar otra vez á su aliado el rey de Inglaterra, ya con el fin de estrechar los lazos de amistad que con él le unian y empeñarle en la guerra con Francia, ya con el de desenojar al cardenal Wolsey, á quien suponía resentido por el desaire del cónclave en la eleccion de papa. Uno y otro objeto logró Carlos cumplidamente en su viage á Inglaterra. Las muestras de consideracion y deferencia, juntamente con el aumento de pension que de Carlos

recibió el cardenal, las nuevas promesas que aquel le hizo de apoyar sus pretensiones en otra vacante, y la esperanza de que ésta no tardaria mucho en ocurrir, atendidos los muchos años y no pocos achaques del nuevo pontífice, todo contribuyó á temprar el enojo del altivo Wolsey, que continuó mostrándose tan propicio como antes al emperador. Enrique VIII., halagado con esta segunda visita de Carlos, se ligó con él mas estrechamente, le prometió la mano de su hija María, y adoptó todos sus proyectos de guerra contra la Francia. El pueblo inglés, lisonjeado en su orgullo nacional con la eleccion que hizo el emperador del conde de Surrey para su primer almirante, se prestó con ardor á pelear contra los franceses.

Compréndese bien el mal humor con que recibiría Francisco I. la declaracion de guerra de parte del inglés, despues de sus recientes derrotas en Italia. Sin embargo, se preparó á recibir al nuevo enemigo; y como las guerras y los placeres le hubiesen agotado el tesoro, apeló á recursos extraordinarios, creó y vendió empleos, enagenó el patrimonio real, y convirtió en moneda la balastrada de plata maciza con que Luis XI. habia cercado el sepulcro de San Martin. Con estos arbitrios levantó un buen ejército y fortificó sus ciudades fronterizas. Dueños los ingleses del puerto de Calais, metióse en él el rey Enrique con un ejército de diez y seis mil hombres, y penetró en Picardía uniéndose á las tropas flamencas; todo esto

después de haber enviado una flota á cargo de Surrey á devastar las costas de Normandía y de Bretaña. Pero Surrey nó pudo tomar ninguna plaza importante, y la táctica prudente y mesurada del duque de Vendôme, general del ejército francés en Picardía, detuvo los progresos de los ingleses, que después de algunas desgraciadas escaramuzas, cansados, faltos de víveres y con sus filas diezmadas, tuvieron que volver á su reino, sin que Francisco viera pasar á poder del enemigo una sola ciudad del suyo, ni una comarca de su territorio <sup>(4)</sup>.

El emperador, apenas logró la satisfacción de ver el principio de las hostilidades entre Inglaterra y Francia, se despidió de Enrique y se dió á la vela para España, donde llegó el 17 de junio (1522), hallando su reino hereditario en la situación que le hemos visto en los capítulos anteriores á consecuencia de las alteraciones que durante su ausencia habian ocurrido, y que él habia dejado como incoadas. Tal y tan prósperamente habian marchado sus negocios en Europa durante los dos largos años de su ausencia de Castilla.

(4) Guicciard. Istor. lib. XIV. Hist. del Emperador, lib. X.  
—Mem. de Du Bellay.—Sandoval,

## CAPITULO X.

### GUERRAS DE ITALIA.

#### PAVIA.

De 1522 á 1525.

El papa Adriano VI.—Su carácter.—Tentativas inútiles en favor de la paz.—Nueva confederación contra el francés.—Defecion del duque de Borbon.—Sus consecuencias.—Invaden los franceses el Milanesado.—El almirante Bonnivet.—Muerte del papa Adriano VI. y eleccion de Clemente VII.—Invasión de ingleses y españoles en Francia.—Cómo se salvó este reino.—Recobran los españoles á Fuenterrabía.—Los franceses espulsados otra vez de Milan.—Muerte del caballero Bayard.—Sitio de Marsella por los imperiales, y su resultado.—Repentina entrada de Francisco I. en Milan.—Grande ejército francés en Italia.—Retíranse los imperiales á Lodi.—Sitio de Pavia.—Antonio de Leiva.—Apurada situación de los imperiales en Pavia y en Lodi.—Recursos de Antonio de Leiva y del marqués de Pescara.—Célebre sorpresa de Melzo: notable estratagemma: los *encamisados*.—Continúa el sitio de Pavia.—Solapada conducta del papa.—Imprudencia y presunción de Francisco I.—Su reto al marqués de Pescara, y contestación de éste.—Admirable rasgo de desprendimiento de los españoles.—Famosa batalla de Pavia.—Incidentes notables.—Célebre derrota de los franceses.—Prision de Francisco I.—Cartas del rey prisionero á su madre y al emperador.—Carta de Carlos V. á la madre de Francisco I.

Coincidió la vuelta del emperador á España con la marcha del nuevo pontífice Adriano á Roma, decidido después de alguna vacilación á aceptar una dig-